



## Adoración Nocturna Española

Consejo Nacional

Octubre 2004

### La Iglesia peregrina

*El amor a la Iglesia, Madre y Maestra*

—«Ellos, aceptando su predicación [la de Pedro] se bautizaron [...] y se dedicaban asiduamente a escuchar la enseñanza de los apóstoles, a vivir la vida comunitaria, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hch 2,42). En esta descripción de San Lucas se nos describe muy bien el misterio de la Iglesia.

—*Comunidad apostólica de creyentes.* Somos cristianos no simplemente porque aceptamos como buenos unos «valores» evangélicos de amor, paz, justicia, etc. Somos cristianos porque «aceptamos la predicación apostólica»; es decir, porque *tenemos la fe* en la Sma. Trinidad, en Jesucristo, en su divinidad, en todas sus enseñanzas: sobre cielo-infierno, pecado-gracia, sacramentos, perdón de las ofensas, oración, pobreza, obediencia a los mandamientos, etc., y en esa fe hemos sido *bautizados*, renaciendo así «por el agua y el Espíritu» (Jn 3,5).

Somos cristianos porque «permanecemos en la escucha de la enseñanza de los Apóstoles» y de sus sucesores. Nosotros no damos crédito a cualquiera, ni siquiera a los teólogos más brillantes, si su enseñanza no está de acuerdo con la enseñanza apostólica de los Pastores sagrados que el Señor da a su Iglesia. Son falsos profetas.

Éstos «resisten a la verdad, como hombres de entendimiento corrompido» (2Tim 3,8), «hombres malos y seductores» (3,13); y «su palabra cunde como gangrena» 2,17).

Por eso nuestra vida personal, familiar y comunitaria puede decirse establecida «sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular el mismo Cristo» (Ef 2,20).

—*Comunidad fraterna*, congregada en Cristo. No hay cristianismo que no sea eclesial. La *Ecclesia* es «la convocada», la reunida por Cristo, la adquirida al precio de su sangre. No se puede vivir el cristianismo «por libre», solo, alejado de los Pastores de la Iglesia y de los hermanos en la fe. Nosotros «permanecemos en la comunidad de vida (*koinonía*)», en la vida común del pueblo cristiano. Caminamos *todos juntos* por el camino del Evangelio, *bajo la guía* de los Pastores sagrados. Navegamos todos en la misma barca, la de Pedro, en la que quiso navegar Jesús.

—*Comunidad eucarística:* «perseveraban en la *fracción del pan*», nombre antiguo que se daba a la Misa. No hay vida cristiana sin Eucaristía, al margen de la Eucaristía, alejados habitualmente de la Eucaristía —a no ser, claro está, que esta separación venga impuesta, p.ej., cristianos en un campo de concentración—. No en vano afirma el concilio Vaticano II, con toda la tradición de la Iglesia:

«La liturgia es la *fente primaria y necesaria* en la que han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano» (SC 14). Y concretamente la Eucaristía es «*fente y cumbre* de toda la vida cristiana» (LG 11).

Desde el principio se entendió que «la Iglesia hace la Eucaristía, y la Eucaristía hace la Iglesia». La Iglesia es, en efecto, un *misterio de unión y comunión*, realizado permanentemente por la Eucaristía, que la Iglesia misma celebra. Y así decía San Pablo:

«Porque el pan es uno, por eso somos muchos un solo Cuerpo, porque todos participamos de ese único pan» (1 Cor 10,17).

No hay, pues, vida cristiana —no puede haberla— sin Eucaristía y sin estar integrados en la unidad de la Iglesia, *una*, santa, católica y apostólica. Para eso sufre Cristo la pasión y la muerte, «para congregar en la unidad a todos los hijos de Dios que están dispersos» (Jn 11,52).

—*Comunión orante:*

«perseveraban en las oraciones». Los primeros cristianos eran asiduos a la oración privada, y desde el principio de la Iglesia se reunían también para orar todos juntos, alabando y pidiendo al Padre «en el nombre de Jesús», como el Señor les había enseñado. La *Liturgia de las Horas* es, en este sentido, tan

antigua en la Iglesia como la *Eucaristía*.

«Llenaos del Espíritu, siempre con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5,19-20).

Siguiendo la tradición orante de Israel, la Iglesia va organizando su curso propio comunitario de oraciones, entremezclando en ellas himnos, salmos, y lecturas de las Escrituras nuevas, las compuestas por apóstoles y evangelistas, y leyendo también las antiguas

